

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Francisco

Mensaje

47^A JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ 2014

Fraternidad, fundamento y camino para la paz

1 de enero de 2014

1. En este mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, quisiera desear a todos, a las personas y a los pueblos, una vida llena de alegría y de esperanza. El corazón de todo hombre y de toda mujer alberga en su interior el deseo de una vida plena, del que forma parte un anhelo indeleble de fraternidad que nos invita a la comunión con los demás, en los que encontramos, no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer.

De hecho, la fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La conciencia efectiva de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana o un verdadero hermano; sin fraternidad, es imposible la construcción de una sociedad justa o de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, y en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial hacia la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo su amor.

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9)

2. Para comprender mejor esta vocación del hombre a la fraternidad, y para conocer más adecuadamente los obstáculos que se interponen en su realización y descubrir los caminos para superarlos, es fundamental dejarse guiar por el conocimiento del designio de Dios, que nos presenta luminosamente la Sagrada Escritura.

Según el relato de los orígenes, todos los hombres proceden de unos padres comunes, Adán y Eva, pareja creada por Dios a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26), y de los cuales nacen Caín y Abel. En la historia de la primera familia leemos la génesis de la sociedad y la evolución de las relaciones entre las personas y los pueblos.

Abel es pastor, Caín es labrador. Su identidad profunda y, a la vez, su vocación, es *ser hermanos*, en la diversidad de su actividad, de su cultura y de su modo de relacionarse con Dios y con la creación, pero el asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágica del rechazo radical a la vocación de ser hermanos. Su historia (cf. Gn 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres: vivir unidos, preocupándose los unos de los otros. Caín, al no aceptar la predilección de Dios por Abel, que le ofrecía lo mejor de su rebaño —«*el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda*» (Gn 4,4-5)—, mata a Abel por envidia; de esta manera, se niega a reconocerlo como hermano, a relacionarse positivamente con él, y a vivir ante Dios asumiendo su responsabilidad de cuidar y proteger al otro. A la pregunta «¿Dónde está tu hermano?», con la que Dios interpela a Caín pidiéndole cuentas por lo que ha hecho, él responde: «*No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?*» (Gn 4,9). Después —nos dice el Génesis—, «*Caín salió de la presencia del Señor*» (Gn 4,16).

Hemos de preguntarnos por los motivos profundos que llevaron a Caín a dejar de lado el vínculo de fraternidad y, junto con él, el vínculo de reciprocidad y de comunión que lo unían a su hermano Abel. Dios mismo denuncia y recrimina a Caín su connivencia con el mal: «*El pecado acecha a la puerta*» (Gn 4,7); no obstante, Caín no lucha contra el mal y decide igualmente alzar la mano «*contra su hermano*

generar por sí mismos. Jesucristo, que ha asumido la naturaleza humana para redimirla, amando al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2,8), nos constituye mediante su resurrección en *humanidad nueva*, en total comunión con la voluntad de Dios, con su proyecto, que incluye la plena realización de la vocación a la fraternidad.

Jesús asume desde el principio el proyecto de Dios, concediéndole la primacía sobre todas las cosas, pero Cristo, con su abandono a la muerte por amor al Padre, se convierte en *principio nuevo y definitivo* para todos nosotros, llamados a reconocernos hermanos en Él e *hijos* del mismo Padre. Él es la misma Alianza, el lugar personal de la reconciliación del hombre con Dios y de los hermanos entre sí. En la muerte en cruz de Jesús también queda superada la *separación* entre los pueblos, entre el pueblo de la Alianza y el pueblo de los Gentiles, hasta aquel momento privado de esperanza porque era ajeno a los pactos de la Promesa. Como leemos en la Carta a los Efesios, Jesucristo reconcilia en sí a todos los hombres; Él es la paz, porque de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad; Él ha creado en sí mismo un solo pueblo, un solo hombre nuevo, una sola humanidad (cf. Ef 2,14-16).

Quien acepta la vida de Cristo y vive en Él reconoce a Dios como Padre y se entrega totalmente a Él, amándolo sobre todas las cosas. El hombre reconciliado ve en Dios al Padre de todos y, en consecuencia, siente la llamada a vivir una fraternidad abierta a todos; en Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o hija de Dios, como hermano o hermana, no como un extraño, y menos aún como un contrincante o un enemigo. En la familia de Dios, donde todos son hijos de un mismo Padre, y todos están injertados en Cristo, *hijos en el Hijo*, no hay "vidas descartables": todos gozan de igual e intangible dignidad, todos son amados por Dios, y todos han sido rescatados por la sangre de Cristo, muerto en la cruz y resucitado por cada uno; esta es la razón por la que no podemos quedarnos indiferentes ante la suerte de los hermanos.

Fraternidad, fundamento y camino para la paz

La *solidaridad cristiana* entraña que el prójimo sea amado, no solo como «un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos», sino también como «la "imagen viva" de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo»⁹, como un hermano. Como afirmó Juan Pablo II: «Entonces, la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo —"hijos en el Hijo"—, y de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un "nuevo criterio" para interpretarlo»¹⁰ y para transformarlo.

Fraternidad, premisa para vencer la pobreza

5. En la Encíclica *Caritas in veritate*, mi Predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la *pobreza*¹¹. En muchas sociedades, experimentamos una profunda *pobreza relacional*, debida a la carencia de relaciones familiares y comunitarias sólidas, y asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y de diversas formas de dependencia patológica. Una pobreza como esa solo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones *fraternas* en el seno de las familias y de las comunidades, y compartiendo las alegrías, los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.

Además, si por una parte se da una reducción de la *pobreza absoluta*, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la *pobreza relativa*, es decir, de las desigualdades entre las personas y los grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la *fraternidad*, asegurando a las personas —iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales— el acceso al capital, a los servicios y a los recursos educativos, sanitarios y tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, y a través de la presión de los medios de comunicación social»¹⁴.

El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que de desarrollar al máximo su interés individual; y sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana.

La fraternidad extingue la guerra

7. Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que inflige una grave y profunda herida a la fraternidad.

Son muchos los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen el terror y la destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia, la cual tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz y el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además, la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los líderes políticos y económicos el grito de dolor de esta humanidad sufriente, y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos humanos fundamentales¹⁵.

Por este motivo, deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran la violencia y la muerte con las armas: Redescubrid en quien hoy consideráis solo un enemigo al que exterminar a vuestro

La corrupción y el crimen organizado se oponen a la fraternidad

8. El horizonte de la fraternidad implica el desarrollo integral de todo hombre y mujer. Las justas ambiciones de una persona, sobre todo si es joven, no se pueden frustrar ni ultrajar, ni se puede defraudar la esperanza de poder realizarlas. Sin embargo, no podemos confundir la ambición con la prevaricación; al contrario, debemos competir en estima mutua (cf. Rm 12,10). También en las disputas, que son un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarnos en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar.

La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común; y la política debe favorecer todo esto con transparencia y responsabilidad. Los ciudadanos deben sentirse representados por los poderes públicos sin menoscabo de su libertad; en cambio, a menudo, entre ciudadano e instituciones, se infiltran intereses particulares que deforman la relación, propiciando la creación de un clima permanente de conflicto.

Un auténtico espíritu de fraternidad vence el egoísmo individual que impide que las personas puedan vivir en libertad y armonía entre sí. Ese egoísmo se desarrolla socialmente tanto en las múltiples formas de corrupción, hoy tan capilarmente difundidas, como en la formación de organizaciones criminales, desde pequeños grupos a las que operan a escala global, que, minando profundamente la legalidad y la justicia, hieren el corazón de la dignidad de la persona. Estas organizaciones ofenden gravemente a Dios, perjudican a los hermanos y dañan a la creación, más todavía cuando tienen connotaciones religiosas.

Pienso en el drama lacerante de la droga, con la que algunos se lucran, despreciando las leyes morales y civiles; pienso en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación; pienso en la tragedia de la explotación laboral, en el blanqueo ilícito de dinero y en la especulación financiera, que a menudo se aprovecha de sistemas económicos y sociales enteros y los daña, exponiendo a la pobreza a millones de hombres y mujeres; pienso en la prostitución, que causa cada día víctimas inocentes, sobre todo entre los más jóvenes, robándoles su futuro; pienso en la abominable trata de seres humanos, en los delitos

a menudo nos dejamos llevar por la codicia y la soberbia del dominar, del tener, del manipular o del explotar; no custodiamos la naturaleza, ni la respetamos, ni la consideramos un don gratuito que tenemos que cuidar y poner al servicio de los hermanos, también de las generaciones futuras.

En particular, el sector agrícola es el sector primario de producción, y tiene la vocación vital de cultivar y proteger los recursos naturales que alimentan a la humanidad. A este respecto, la persistente vergüenza del hambre en el mundo me lleva a compartir con vosotros la pregunta: *¿cómo usamos los recursos de la tierra?* Las sociedades actuales deberían reflexionar sobre la jerarquía de las prioridades a las que se destina la producción; de hecho, es un deber de obligado cumplimiento que se utilicen los recursos de la tierra de modo que nadie pase hambre. Las iniciativas y las soluciones posibles son muchas y no se limitan al aumento de la producción; es de sobra conocido que la producción actual es suficiente, y, sin embargo, millones de personas sufren y mueren de hambre, lo cual es un verdadero escándalo. Es necesario encontrar la forma de que todos se puedan beneficiar de los frutos de la tierra, no solo para evitar que se amplíe la brecha entre quienes más tienen y quienes se tienen que conformar con las migajas, sino también, y sobre todo, por una cuestión de justicia, de igualdad y de respeto hacia el ser humano. En este sentido, quisiera recordar a todos el necesario *destino universal de los bienes*, que es uno de los principios clave de la Doctrina social de la Iglesia; respetar este principio es la condición esencial para posibilitar un acceso efectivo y justo a los bienes básicos y primarios que todo hombre necesita y a los que tiene derecho.

Conclusión

10. La fraternidad necesita ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada, pero solo el amor dado por Dios nos permite acogerla y vivirla plenamente.

El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales que ignore la dimensión trascendente del hombre; cuando falta esa apertura a Dios, la actividad

Vaticano, 8 de diciembre de 2013.

NOTAS:

- [1] Cf. Carta Encíclica *Caritas in veritate* (29-6-2009), 19: AAS 101=2009, 654-655.
- [2] Cf. Francisco, Encíclica *Lumen fidei* (29-6-2013), 54: AAS 105=2013, 591-592.
- [3] Cf. Pablo VI, Encíclica *Populorum progressio* (26-3-1967), 87: AAS 59=1967, 299.
- [4] Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (30-12-1987), 39: AAS 80=1988, 566-568.
- [5] *Populorum progressio*, 43: AAS 59=1967, 278-279.
- [6] Cf. *ibid.*, 44: AAS 59=1967, 279.
- [7] *Sollicitudo rei socialis*, 38: AAS 80=1988, 566.
- [8] *Íbid.*, 38-39: AAS 80=1988, 566-567.
- [9] *Íbid.*, 40: AAS 80=1988, 569.
- [10] *Íbid.*